

1. LIBROS

***El autor se confiesa:* Josep M. Rovira Belloso**

RECUERDOS DE MI VIDA DE PROFESOR DE TEOLOGÍA

Hay un punto de referencia claro en el camino de mi dedicación a la teología. Es el momento en que me pongo, bajo la dirección del padre Juan Alfaro, S.J., a trabajar en la tesis de doctorado “La visión de Dios según Enrique de Gante”. Ninguna vacilación en cuanto al tema y al título, que me fueron ofrecidos por el mismo padre Alfaro. Tampoco vacilé sobre el proyecto que debía llevar a cabo: debía esforzarme en trabajar en la tesis pero, sobre todo, debía acabarla. Ninguna duda a este respecto. Quiero decir que, al menos en este caso, me salvó un ingenuo –puro y duro– “voluntarismo”. Recuerdo los folios enormes, inacabables, de los dos libros principales de Enrique de Gante (la “Suma” y las “Cuestiones”). Abrian sus fauces en la Biblioteca Nacional y en la Biblioteca Casanatense de Roma, donde fui compañero de fatigas de José G. Caffarena, el jesuita sabio y bueno, que también realizó su tesis con Alfaro. Allá, iba yo descifrando aquella escritura del siglo XVI, pues aún cuando Enrique de Gante era de finales del siglo XIII, sus obras estaban magníficamente impresas en el XVI, en Venecia. Poco a poco las iba entendiendo gracias a san Agustín, el inspirador de Gante, y gracias a los impulsos que periódicamente me brindaba Alfaro, siempre al quite. Para ser objetivo, hubo algo más que voluntarismo en mi esfuerzo “sudoroso”. (Pedro Lombardo, teólogo del siglo XII, confesó por dos veces que había escrito sus *Sentencias* con esfuerzo y “sudor”). El caso es que el segundo elemento que me hizo adelantar en la tesis fue la compañía de un entrañable condiscípulo, Casimir Martí que, también en Roma, preparaba su doctorado en Ciencias Sociales. Casimir no sólo tenía la paciencia de escucharme sino la habilidad en preguntar por dónde iba mi investigación. En nuestro agradable paseo por Roma, yo le explicaba mis intuiciones y mis dudas al filo de la lectura de Enrique de Gante. Ocurrió que, en estas pláticas, yo veía cómo

crecía mi afición por las cuestiones teológicas, y cómo lo que parecían ser trabajos forzados se convertían en un rosario de intuiciones y de descubrimientos teológicos, en una línea que, para abreviar, llamaré del Vaticano II *avant-la-lêtre*.

Para terminar con el ciclo siempre añorado de la Universidad Gregoriana de Roma, diré que –aún antes de la aparición del padre Alfaro, quien fue el preludio auténtico del Vaticano II–, tuvimos excelentes profesores: los padres Flick y Alszeghi, que explicaban el tratado sobre la Creación, y los padres Donnelly y Vignon que explicaban los tratados sobre la Gracia y las Virtudes. Nos hacían pensar por nuestra cuenta, además de enseñarnos a estudiar y a amar las fuentes (Escritura y Padres de la Iglesia).

Mucho más tarde, ya en Barcelona y en la Facultad de Teología pero con una tardía referencia a la Gregoriana y al padre Alfaro, escribí *Trento. Una interpretación teológica* (1979), que para mí fue algo así como una segunda tesis que, en bastantes puntos, todavía se aguanta. Uno de estos puntos es el que afirma que los libros del Nuevo Testamento y la Iglesia se miraron mutuamente y establecieron una especie de “afinidades selectivas” que desembo-caron en el canon del Nuevo Testamento. Como si la Iglesia dijera: “este libro se identifica con mi propia fe; ¡que entre en el canon!”. En cambio estos otros libros –cargados, por ejemplo, de gnosticismo– no pueden formar parte del canon del Nuevo Testamento. Claro que este proceso de selección había de ser muy lento, como de tres siglos.

En 1984, José M. Castellet, de Edicions 62, me publicó con prólogo de Eugenio Trias, *La Humanitat de Déu*. No faltó la edición castellana de Secretariado Trinitario, con el querido e infatigable padre Nereo Silanes, al frente. Siempre me sentí identificado con este libro, que no respondió a ningún encargo, sino a un giro más simbólico, más patristico y reflexivo de mi trabajo teológico. Este libro mereció la crítica más elogiosa y más larga que nunca he recibido. La firmaba mi amigo Joaquín Maristany. Pero el director de la sección de libros a la que iba dirigida la reseña la valoró como demasiado larga –y un tanto hermética– con lo que nunca vio la luz. Una frustración.

Fueron pasando los días y las clases en la Facultad de Teología de Barcelona (luego Facultad de Catalunya). Los años de clase culminan con dos libros que salieron también, después de sendas tandas de voluntarismo intensivo: *El Misteri de Déu [Tratado de Dios Uno y Trino]* (1994), que en sus primeras ediciones se llamaba “Revelación de Dios, Salvación del hombre”, e *Introducción a la*

Teología (BAC 1996), título éste idéntico al del Curso que di también durante muchos años. Ambos libros todavía funcionan como manuales después de diversas reimpresiones. Lo que me gusta más de ellos es que, de cuando en cuando, se dispara el factor místico y logran un cierto nivel religioso que me ayudaba a rezar.

Como se ve, me fijó sólo en las obras más académicas, cien por cien teológicas. Porque hubo una serie de “obrecillas que se me cayeron de las manos” (como decía Fray Luis de León) de las que no reniego en absoluto: *Leer el Evangelio* (las homilias que salieron en *El Correo Catalán*), *Sociedad y Reino de Dios* y *Fe y Cultura en nuestro tiempo* (1987), con el diagnóstico de que estamos en la “cultura del vacío”. Más tarde me enteré de que esa expresión había sido ya inventada en Francia por las mismas fechas. ¡Qué le vamos a hacer!

Antes y después de la jubilación llegaron dos libros más: *Vaticano II. Un Concilio para el Tercer Milenio* (BAC 1997), libro honesto y objetivo, y *Los Sacramentos, símbolos del Espíritu* (2002), que a mí me satisfizo porque, en él, se contempla el valor antropológico y teológico de los símbolos. Pero me parece entender que el libro no fue del pleno agrado de los especialistas en Liturgia. Creo que hubieran deseado un libro más histórico y que escudriñara los rituales, en vez de oscilar entre la filosofía y la teología, cosa que –como compensación– ha gustado a más de un filósofo del país. Por otra parte, en esta franja entre reflexiva y espiritual me iba encontrando cada vez más a gusto.

Llegamos así al final. Como algo previo, he de decir que, debe hacer venticinco años, durante unas vacaciones, en la casa de las monjas del Corazón de María de Gombrén, estudié atentamente la obra de Basilio el Grande *Sobre el Espíritu Santo*. Esta obra famosa me ayudó a respirar con los dos pulmones: el de Oriente y el de Occidente, para decirlo con la metáfora del Papa Wojtila. Por eso, en mi obra sobre los sacramentos no eludí la filosofía, pero esta filosofía la encontraba sobre todo en los Padres de la Iglesia Oriental y en Ireneo, Agustín y León Magno. Ahora, más que nunca, la teología –la sobria teología– se me antoja teología espiritual por su anclaje en la persona (en la antropología) y en lo más divino.

En mi próximo libro me he propuesto no añadir a una abstracción teológica una segunda abstracción metafísica. Sé que el hombre es imagen de Dios y sé que Dios es el fundamento y el paradigma del hombre nuevo. Y así, en un círculo regalado, la teología va de lo más concreto, e incluso incoherente, del hombre hasta la

experiencia de la Compasión de Dios. Va del amor entregado de Dios a la situación real –tan a menudo contradictoria– del hombre.

Me he pasado cuatro o cinco años elaborando algo que ojalá fuera útil para el cristiano de comienzos del siglo XXI: algo así como una cristología no académica sino patristica, que intenta contemplar en profundidad la persona de Jesús. ¿Me habré expresado en forma suficientemente viva y pedagógica en esta obra que he escrito con ilusión y esperanza? La quería titular, como en Hebreos 12, 2 : “La mirada fija en Jesús”, pero he pensado que le tenía que poner un título más tradicional, que no desconcertara al lector. El título será, en catalán: “Quién es Jesús de Nazaret”. Y en castellano, seguramente: *Jesús, el Mesías de Dios*. Quiere ser un contribuir a hacer nuestra la Bienaventuranza que Jesús dijo después del Lavatorio de los pies: “Sabido esto, seréis dichosos si lo ponéis en práctica”. Porque el Cristianismo ha de ser la bienaventuranza de Dios en la acción humana.

Josep M. Rovira Belloso

CONGAR, Yves, *Diario de un teólogo*.
Ed. Trotta, Madrid, 2004.

El dominico francés Yves Congar, nacido en 1904, justo el mismo año que Karl Rahner, ha sido uno de los teólogos de mayor talla en la Iglesia Católica durante el siglo XX. Fue uno de los principales redactores de los textos del Vaticano II relativos a la Iglesia, el ecumenismo y el laicado, temas sobre los que escribió páginas luminosas que le produjeron disgustos, condenas y exilios fuera de Francia, en tiempos de Pío XII.

Su libro *Diario de un teólogo* (1946-1956), publicado en París el año 2000 (Cerf) y en Madrid el 2004 (Trotta) es un relato testimonial impresionante, escrito a lo largo de diez años decisivos de su vida de madurez, entre sus cuarenta y cincuenta años, sin intención de que se publicara. Recomendó que se editara únicamente después de su muerte.

Lo escribió a ratos perdidos, consecuencia de no “saber perder el tiempo” y de reseñarlo todo con su vocación de historiador. Se muestra tan minucioso describiendo sus impresiones y tan prolijo citando nombres, lugares, horas y entrevistas, que hace falta poner mucha atención en su lectura. Ayudan las introducciones a cada uno de los capítulos, redactadas por los encargados de la edición. La traducción castellana de Federico de Carlos es excelente.

Congar ingresó en la Orden Dominicana en 1925 y se ordenó en 1930. Cursó estudios teológicos en el Instituto Católico de París y en la Escuela Francesa de Le Saulchoir, cerca de Tournai (Bélgica), donde fue profesor de teología fundamental y eclesiología, entre 1931 y 1954. Este centro fue su casa.

Renovó su actividad teológica en 1948. En la década de los cincuenta publicó tres obras maestras que le acarrearón condenas severas por parte de las autoridades vaticanas: *Cristianos desunidos* (1937), *Verdaderas y falsas reformas de la Iglesia* (1950) y *Jalones para una teología del laicado* (1953). Escribió otras muchas obras, todas censuradas, e innumerables artículos. Fue denunciado por sus posiciones teológicas, críticas del “aparato de la Iglesia romana”, al que tachó de “tiránico”. Fue enviado en exilio a tres lugares, para él inhóspitos: Jerusalén, Roma y Cambridge. Regresó de Inglaterra a Estrasburgo, ya que no le permitieron reincorporarse al centro teológico de Le Saulchoir. Lo logró en 1968, después del Concilio.

El *Diario* de Congar es un testimonio ejemplar de un religioso obediente y rebelde, de un intelectual entrañable y crítico y de un teólogo que escribe desde las fuentes y juzga con dureza las estructuras férreas de la Iglesia, a la que se mantuvo fiel en una lucha interna titánica entre la aceptación y el rechazo. Tanto le hicieron sufrir los superiores de su propia Orden y del Santo Oficio, que tuvo pensamientos fugaces, sin llegar a tentaciones consentidas, de suicidarse.

Mostró su talante ecuménico en la colección “Unam Sanctam”, publicada bajo su dirección desde 1937. La teología francesa, con la guía de Congar, Chenu y una pléyade de intelectuales católicos, insertos en los movimientos eclesiales de renovación, fue vigilada estrechamente por el magisterio romano al acabar la segunda guerra mundial. Congar desarrolló la dimensión histórica de la teología, que la entendió como conocimiento religioso vivo al servicio de la vida, alejada de la escolástica tardía.

El tiempo correspondiente a su diario coincide con los últimos años del pontificado de Pío XII y el imperio del cardenal Ottaviani al frente del Santo Oficio, llamado por Congar “Suprema Congregación”, dedicada a examinarlo todo “sub ratione haeresis” (bajo la razón de la herejía).

En 1954 hizo pública Pío XII la temida y temible encíclica *Humani generis* que condenaba la llamada “nouvelle théologie”, deudora del pensamiento de Congar, Chenu, De Lubac y Daniélou, entre otros. Esta teología pretendía “volver a las fuentes del cris-

tianismo y al diálogo con las grandes corrientes del pensamiento contemporáneo”.

Rehabilitado por Juan XXIII en 1960 con otros teólogos otrora represaliados, Congar fue nombrado consultor de la Comisión teológica preparatoria del Vaticano II, donde trabajó con ahinco en la redacción de la nueva eclesiología conciliar o eclesiología de la comunión. Aportó perspectivas originales en las concepciones de pueblo de Dios, revelación, ecumenismo, tradición, libertad religiosa, religiones no cristianas, misiones, sacerdocio y laicado. Impactaron sus “crónicas” sobre el Concilio en la Iglesia católica y en algunas Iglesias protestantes. Se encuentran recogidas sus impresiones en el *Journal du Concile* (Cerf, París 2002), escrito con menos pasión, entre 1962 y 1965, pero con la misma libertad que el *Diario*.

Al final del *Diario* hay una larga carta de Congar a su madre, fechada el 10 de septiembre de 1956, con motivo del 80 aniversario de su progenitora. Es un texto amoroso, filial y patético que conmueve. Lo escribió después de haber sufrido un largo exilio. “Hay un papa –dice en la carta– que lo piensa todo, que lo dice todo, y obedecerle es lo que le constituye a uno como católico... Ha desarrollado, hasta la manía, un régimen paternalista consistente en que él, y sólo él, dice al mundo y a cada uno lo que hay que pensar y cómo hay que actuar. Pretende reducir a los teólogos al papel de comentaristas de sus discursos”.

En 1994, un año antes de su muerte, a los 90 años, recibió el capelo cardenalicio en un acto de concesión papal de Juan Pablo II, que intentaba ser reparador de las injusticias que se cometieron contra él. Irreductible por temperamento, a veces brusco, siempre inteligente, jamás se doblegó ante ningún superior. Fue un gran testigo cristiano, valiente y coherente.

Casiano Floristán

CORTÉS, José Luis, *Tus amigos no te olvidan (Hechos de los Apóstoles)*. PPC, Madrid, 2004, 256 págs.

A lo largo de treinta años, José Luis Cortés ha ilustrado el evangelio con comentarios y viñetas sabrosísimas. Recordemos *¡Qué bueno que viniste!*, *Un señor como Dios manda* y *El Señor de los amigos*. En este nuevo libro emprende la tarea de ilustrar lo que hicieron aquellos primeros discípulos de Jesús a partir de su muerte y resurrección: los primeros pasos de la evangelización, la vida

de la primitiva comunidad cristiana, las distintas corrientes que la atravesaban (porque el Señor no lo dejó todo atado y bien atado) con sus sabores y sinsabores, los personajes más influyentes...

Como ni los Evangelios ni los Hechos son libros históricos, sino una lectura teológica de lo que pasó, también Cortés, manteniendo una substancial fidelidad al texto inspirado, nos ofrece una lectura religiosa, una meditación alegre y festiva de lo que ocurrió para provecho de nuestra fe y contagio de la alegría de ser seguidores de Jesús. Se trata, pues, del libro del N.T los *Hechos de los Apóstoles*, si bien deja para un libro posterior todo lo referente a Pablo. Narra, por tanto, los avatares de aquellas primeras comunidades cristianas, pero mirando el presente y el futuro. Con sus "monos" y comentarios, incisivos y respetuoso a la vez, dibuja cómo debería ser hoy la comunidad de los seguidores de Jesús: una comunidad de hermanos, exigente, con la meta puesta no en ella misma, sino en la construcción del Reino; exigente y a la vez paciente, misericordiosa, esperanzada.

Como el mismo autor avisa en la Introducción puede que las frecuentes referencias al momento actual de la Iglesia moleste a algunos; pero, en broma o en serio, la Teología, es decir la meditación auténtica de la Palabra, siempre ha de llevar a la comparación entre el ser y el deber ser para hacer viable la conversión personal y la reforma estructural.

Además de la Introducción, el libro consta de un Prólogo, en el que Cortés vuelve a tratar el tema de la resurrección de Jesús que a algunos les pareció que no quedaba suficientemente clara en el libro *El señor de los amigos*, y de dos partes: "Confinados" y "Sin confines". En cada una de ellas, siguiendo con substancial fidelidad los acontecimientos narrados por san Lucas, propone una lectura personal y comprensible de los mismos y en unos textos valientes aplica esa lectura a la Iglesia de hoy.

Que el humor y la alegría no están reñidos ni con la fe ni con el compromiso, lo dice todo el mundo; pero pocos son los que saben unir ambas realidades. Gracias, amigo Cortés. Y que el gozo del Espíritu no decaiga.

Josep A. Comes